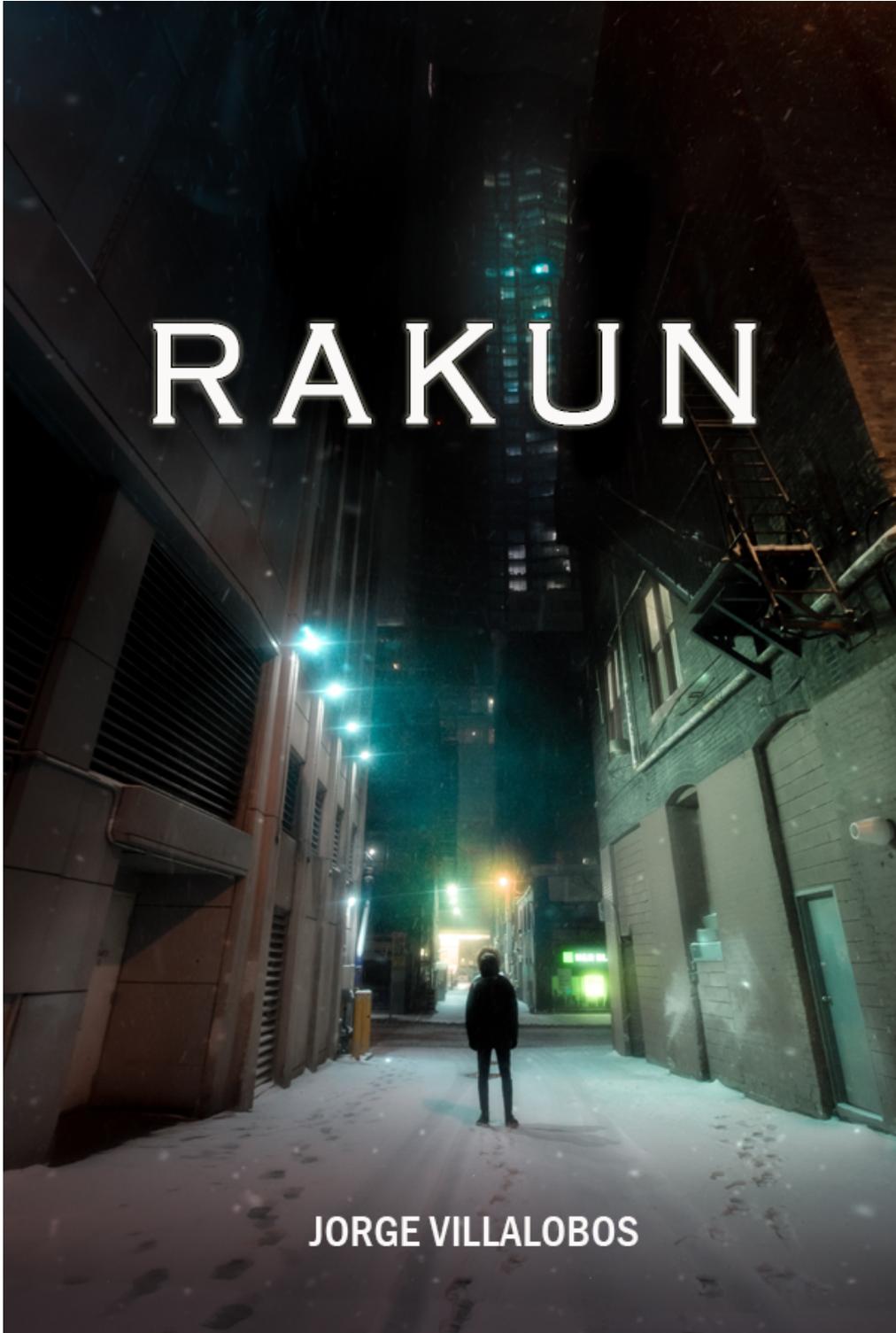


Rakun

Jorge Villalobos Pérez



Capítulo 1

Prólogo

En el barrio más bajo de la capital de Namurova, Ranthal, aquel a nivel de suelo, existen miles de intercambios comerciales cada día. Está el comercio establecido, con sus pequeñas y humildes tiendas que usualmente ofrecen vestimenta de mala calidad, comida rápida y tecnología de segunda mano. También es fácil encontrarse con el comercio no establecido, donde los vendedores exponen su mercancía de dudosa procedencia en mantos sobre las callejones sin pavimento, a la exposición del polvo levantado por los visitantes. Sin embargo, en cuanto a presencia, cantidad y calidad, el mercado negro se llevaba la corona en cuanto a las ventas y se extendía por Roska como una enfermedad silenciosa a vista y paciencia de los ciudadanos. Por desgracia, este mercado terminaba siendo un mal necesario más veces de lo que la gente quisiera contar. ¿Servicios? Lo más rápido. ¿Vestimenta? Baja calidad pero mucho estilo. ¿Comida? Robada, pero siempre había. ¿Armas? Por montones, más que todo lo demás.

“Analog” era una tienda ubicada en los callejones comerciales Roska en Ranthal cuya falta de clientes estaba más que justificada por su desafortunada ubicación. Como el dinero en el sector era escaso, nadie tenía ni los recursos ni el interés cultural por comprar artículos del mundo pasado. Muy rara vez pasaba un cliente que por rumores lograba encontrarse con el curioso local. Por supuesto, si Sian hubiese mantenido solo la parte de las antigüedades abierta, hubiera caído en bancarrota hace un buen tiempo. La mujer tenía claro que vendiendo libros, relojes y electrónica arcaica no podría sobrevivir, por lo que tomó la sensata decisión gracias a su amplia carpeta de proveedores y conexiones, de comercializar artículos no del todo legales. Sian era respetada dentro del círculo sobre todo por su rígida selección de clientes, especializándose en armas, armaduras y municiones. Sin embargo, con un poco de paciencia se podía obtener casi cualquier cosa de la tienda de Sian.

En Roska era frecuente encontrar callejones estrechos donde las puertas se aparecían sorpresivamente por cualquier lado y en cualquier forma. En una zona tan alejada del centro de la torre, como era donde estaba la tienda de Sian, aún podía verse la luz del sol a través de los minúsculos espacios entre los edificios que se erguían en cada callejón. De noche, la penumbra reinaba por doquier y era solo interrumpida por luces que instalaban las tiendas o los mismos habitantes. Un buen ejemplo de esto era el mismo Analog que mostraba con orgullo sus letras iluminadas con

una luz cálida, sobre una el arco curvo de la puerta de madera (como muy pocas en el continente) adornada con barrotes metálicos negros de forma horizontal.

Una vez dentro, se podía observar un hermoso caos compuesto por una serie de vitrinas con un montón de objetos, cada uno de ellos etiquetado meticulosamente con un precio en kuramas, la moneda internacional del continente. A la derecha, se podían ver tres estanterías de libros a disposición de los clientes, de todos los tamaños y colores; todos viejos y algunos casi destruidos. Frente a ellos, dos mesones llenos de artículos menores de todo tipo: anteojos, pulseras, collares, juguetes, tazones, smartphones, memorias y piezas de computadoras viejas, billeteras, audífonos y un largo etcétera de pequeñas cosillas para excéntricos coleccionistas. A la izquierda había un mesón de vidrio que daba la vuelta en el fondo y continuaba hacia la derecha hasta chocar contra la biblioteca, formando una separación entre la clientela y Sian. Estos también estaban llenos de objetos pequeños, pero mucho más valiosos que las cosas que estaban a libre manipulación de los clientes. En las paredes habían sombreros, pinturas, posters, bastones, pantallas, instrumentos musicales y armas del viejo mundo, entre otro sinfín de objetos. En verdad, era una tienda para divertirse un buen rato si uno sabía una que otra cosa del mundo pasado. Decir si era particularmente cara o no, dependía del objeto y finalmente la rareza que este tuviera.

Un agradable día de primavera, para aquellos que tenían la oportunidad de ver el sol, Rauni le dio una visita a Sian alrededor de las 4 de la tarde. Este encuentro estaba previamente arreglado para la negociación de una espada que el comprador había insistido por un largo tiempo y que para Sian comenzaba a ser un dolor de cabeza. Dentro de la tienda, una radio del viejo mundo tocaba música de piano. Sian seguía su ritmo golpeando sus dedos contra el mesón.

—50 mil, no pienso soltar nada más —declaró un hombre fornido con el cabello rubio tomado en una cola y muy corto por los lados. Llevaba una vieja y dañada chaqueta burdeo que usaba arremangada y una cantidad considerable de cinturones que sostenían quién sabe qué armas.

Sian se veía muy joven y su estilo de vestir acentuaba esta característica. Usualmente, llevaba ropa oscura y holgada en la parte superior, siempre asegurándose de mostrar sus hombros o parte de su vientre. En la parte inferior, pantalones ajustados y algo desgastados llenos de cinturones con pequeños objetos como suele hacerlo la juventud de estos días. Y por

supuesto, las populares botas que jamás pasaban de moda.

El hombre la miraba fijamente a través de sus ojos verdes tras el mostrador de vidrio que le llegaba a la cintura. Decenas de relojes análogos estaban desplegados en esa vitrina, esperando una eternidad a ser comprados haciendo un tic tac que para muchos podría ser insportable. Ella, de brazos cruzados y llenos de pulseras, miró a su cliente con desdén y luego agitó la cabeza indicando su desaprobación por su actuar.

—No hay trato. ¿Sabes cuánto me costó obtener una maravilla como esta? Mucho trabajo, muchas llamadas y muchas caras bonitas a viejos asquerosos. Así que no, 60 mil o esta belleza se queda conmigo —respondió la mujer, algo irritada. Se acomodó el mechón de cabello violeta que comenzaba a taparle el lado derecho del rostro. A la izquierda, lo usaba trenzado y ajustado precisamente para evitar ese problema.

Rauni se inclinó sobre el mostrador y se acomodó sobre él con los codos. Una sonrisa de oreja a oreja apareció en su rostro y miró a los ojos pardos de su proveedora favorita con la intensidad de tener la victoria asegurada. Sian se la devolvió entrecerrando sus ojos, tratando de no dejarse vencer. Sabía que Rauni escondía su as bajo la manga. Cuando se dio cuenta de que este sujeto era un maestro en el arte del regateo, la chica comenzó a aumentar los precios de antemano sabiendo que Rauni siempre pediría una rebaja. A pesar de esto, se mantuvo firme, teniendo la esperanza de vencerlo en esta batalla.

El hombre de cabello dorado sacó del bolsillo interior de su chaqueta un sobre hecho de papel marrón y lo deslizó suavemente sobre el vidrio del mostrador. Luego, lentamente volvió a su posición inicial, sin dejar de mirar a la mujer y sin dejar de tener esa sonrisa sobre el rostro.

—¿Te dije que iba a pagar en efectivo? 50 mil kuramas, a tu disposición —Rauni le guiñó con su ojo derecho.

—¡Maldita sea! ¡Detesto negociar contigo! Pensé que pagarías usando digitales, como siempre lo haces —Sian le arrebató el sobre y volvió a cruzarse de brazos, decepcionada por su nueva derrota. Normalmente se habría negado, pero necesitaba con urgencia esos kuramas en billetes para pagar una deuda que no le convenía mantener. No podía arriesgar

tanto dinero.

—La verdad ese era el plan, pero a donde voy ahora necesito dinero en efectivo. Las zonas rurales aún no son muy amigables con eso.

—¿A dónde vas? Hace algunas semanas dijiste que te quedarías por aquí —la mujer le dio la espalda a Rauni mientras terminaba de contar los billetes y abría una vitrina. Sin ella darse cuenta, el hombre la miró de pies a cabeza impresionado de lo atractiva que se había vuelto con el pasar de los años. Eso, o ella estaba diferente de la última vez que la vio.

En la estantería de la muralla, había una caja de madera de roble larga y angosta, puesta de forma horizontal. Dentro de ella había una espada con un filo de un color plata brillante. La guarda era de color negro con el llamativo diseño de un dragón alado mirando hacia la punta del arma. La empuñadura seguía el peculiar esquema con las escamas de la bestia, finalizando en una curva simulando una cola. A su lado dentro de la caja, descansaba su guarda de color negro, con tres adornos del mismo motivo.

Sian tomó el contenedor y lo puso sobre el mostrador. Al abrirlo, ambos objetos quedaron a la vista maravillada de Rauni y la mujer le hizo una invitación con la mano para que su cliente revisara el producto.

—¿Tiene nombre? —preguntó Rauni, tomando la espada y blandiéndola en el aire. Le dio unos golpes a la hoja con los nudillos y el sonido profundo que emitió el metal obligó al hombre a asentir con la cabeza cerrando los ojos.

—No que yo sepa —comentó ella poniendo las manos sobre el mesón.

Rauni miró de nuevo el arma e intercambió un par de miradas con la mujer de cabello negro con tintes violetas. Pensaba con toda la creatividad que tenía por unos minutos hasta que su cerebro le aportó con una buena idea.

—Siagon. Ya sabes, algo de tu nombre y porque se inspira en un dragón.

—¡Que nombre más tonto! Búscales otro —respondió ruborizándose.

—Nah, está bien. Creo que le viene —Rauni rió mirando la cara de Sian

hecha un tomate.

—Oye, no me respondiste. ¿A dónde diablos vas ahora? —se dió media vuelta para cerrar el estante y esconder su rostro de su burlón cliente.

—Lejos. Ni siquiera le he dicho a Louhi, pero lo que puedo decirte ahora es que será un trabajo peligroso y pagarán tan bien que podría comprar toda la mercancía que tienes ahora, dos veces. Incluyendo el maldito banjo que tienes colgado ahí —Rauni indicó el viejo instrumento que se encontraba en una vitrina de la pared que daba a su izquierda. Su objeto soñado.

Sian soltó una carcajada incrédula que resonó por toda la tienda. Si un cliente hubiera entrado justo en ese momento, de seguro la risa lo hubiera espantado.

—¿Quién pagaría tanto por un trabajo de mercenario? Tu jefe claramente está mal de la cabeza.

—Un extranjero —su expresión dejó cualquier rastro de sonrisa.

—¿Bromeas? —el rubio la miró y negó con la cabeza, serio— Me imagino que ya habrás escuchado los rumores de la guerra.

—Estoy al tanto, pero es un riesgo que estoy dispuesto a tomar.

—Deberías quedarte en Namurova, pero siempre has sido un idiota ambicioso...—Sian soltó un suspiro, cruzándose de brazos nuevamente.

—¿Preocupada?

—Pff, si, claro —Sian le lanzó una mirada hostil—. Aunque admito que me preocupa que esa billetera pudiera desaparecer.

—Muy graciosa. ¿Esa es la manera de tratar a tu mejor cliente?

—Claro que no. Pero es la manera correcta de tratar a clientes como tú —Sian sonrió con malicia y le lanzó una mirada intensa a Rauni.

El rubio se dio la vuelta en dirección a la puerta y cuando la estaba abriendo, la voz de la mujer lo obligó a girar la cabeza.

—¿Rauni?

—¿Si?

—Dale mis saludos a Louhi. Y... no hagas nada estúpido —Sian le lanzó una bolsa cuyo contenido hizo un ruido similar a las canicas al aterrizar en la mano derecha de Rauni.

—¿Qué es esto?

—Cortesía de la casa. Ya sabes, hay que mantener la buena reputación de la tienda.

Rauni soltó una carcajada mientras salía por el umbral de la puerta. Al cerrarse, Sian quedó mirando la puerta de madera, en completa soledad a excepción del piano que seguía sonando sin parar a través de una antigua radio. Soltó un suspiro y se preguntó si servía para seguir haciendo esos espantosos negocios tráfugos. Siempre le pasaba lo mismo con cada arma que vendía.

